

El espacio Arfuch

Lorena Amaro¹ 

Pontificia Universidad Católica de Chile

Viernes 18 de junio de 2021. La fecha nos la enviaba por correo electrónico el poeta Yanko González, académico y director de Ediciones Universidad Austral de Chile. A fines de 2019 la editorial había sacado una versión chilena de *La vida narrada. Memoria, subjetividad y política*, de Leonor Arfuch, publicada originalmente por EDUVIM en 2018, y entre el estallido y la pandemia veníamos buscando con Yanko y con Leonor, desde hacía tiempo, una fecha y modalidad propicias para la presentación del libro. Nos habíamos decidido por no seguir esperando la presencialidad y hacer la actividad por zoom o por radio. Pero no llegamos a concretarlo, así como tampoco se realizó una mesa en que Leonor participaría el 4 de junio de 2021, en el marco de la publicación de *Memory and Autobiography. Explorations at the Limits*, en la colección Critical South (2021). Es evidente que no obstante las dificultades de la pandemia, el trabajo de Leonor pasaba por cada vez mayor eco y reconocimiento, como lo muestra esa traducción al inglés de *Memoria y autobiografía. Exploraciones en los límites* (2013). Lamentablemente no pudimos celebrarlo: en los últimos días de mayo ella no se sentía bien; suspendió todo para cuando estuviese mejor. No le gustaba hablar de enfermedades y fue siempre muy discreta sobre los cuidados médicos y la disciplina con que enfrentaba el cáncer, así que por lo mismo no quise preguntarle demasiado sobre el tema. Pensé que una vez más saldría airoso, que ya haríamos el lanzamiento y que quizás, incluso, podría ser presencial.

Si había algo que Leonor disfrutaba era viajar. Visitaba Chile prácticamente cada año. Cuando venía, nos pedía referencias de exposiciones, películas, libros, a todos sus amigos: Nelly Richard, Carlos Ossa, Wolfgang Bongers, Adriana Valdés, Nury González, Carolina Besoain, Ximena Faúndez, Sergio Parra. Yo trataba de estar a la altura de la inteligencia voraz de Leonor, de esa incisiva energía que nos movía por museos, calles, recorridos de la memoria. Sabía que siempre me sentiría en falta, en deuda. Y que Leonor, demandante pero también indulgente, sabría perdonarme. Su muerte repentina dejó todas mis deudas impagas: le quedé debiendo, a Leonor, y mucho. No solo la presentación de su libro.

La conocí en 2009. Unos años antes había leído *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea* (2002), un ensayo imprescindible en mis cursos y que hubiese deseado conocer antes de terminar mi tesis doctoral en 2003, en España. El libro llegaría a mis manos meses después de haber realizado ya el examen doctoral: ¿cómo no la conocí antes, cómo había podido escribir mi tesis sin haber tenido acceso a ese libro fundamental? Comencé a

¹ Doctora en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid. Profesora Titular del Instituto de Estética de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Correo: lamaro@uc.cl

incorporarla en mi trabajo, cada vez con mayores deseos de poder conocerla y conversar sobre su libro. Yo vivía entonces lo que muchos becarios de regreso a Chile, después del doctorado: una inserción bastante lenta en el mundo académico e investigativo. No fue sino hasta 2008 que por fin obtuve un fondo público que me permitió traer a investigadores invitados. Leonor Arfuch fue la primera. Le pedí que nos acompañara ese mismo año en unas jornadas, "Estéticas de la intimidad", en que fue la conferencista principal. Desde entonces, Leonor visitó el Instituto de Estética en varias oportunidades. En todas ellas recibió la admiración de nuestros estudiantes, no solo por ser una brillante intelectual y oradora, sino porque Leonor sabía escuchar. Con sutileza y oído fino, una capacidad de escucha que había aprendido a valorar a través de sus lecturas psiconalíticas y que aparece en varios de sus textos, sabía compartir con los estudiantes y darles algo más que orientaciones: aliento, deseos de escritura. Sabía hacer las preguntas que abrían la conversación y que señalaban posibles rutas. Quizás de ahí, de ese talento o esa curiosidad innata en ella, vino el primero de sus libros imprescindibles: *La entrevista. Una invención dialógica* (1995), entre los pocos estudios teórico-críticos dedicados en nuestra lengua a este género que, como otros, forma parte de ese extenso "espacio biográfico" descrito por ella unos años más tarde como "una paulatina expansión de subjetividades", que "iba haciéndose perceptible en diversas narrativas, de las revistas de autoconocimiento a las innúmeras formas de autoayuda, de la resurrección de viejos géneros auto-biográficos a una audaz experimentación visual" (*El espacio biográfico* 19-20). Leonor gozaba y analizaba todo: los formatos televisivos, la instalación museal, el auge de las nuevas redes sociales, que leía siempre en clave política y estética.

Su escritura era muy contemporánea y por eso mismo, muy profética: los libros que escribió hace ya dos décadas no han perdido vigencia; por el contrario, desde la publicación de *El espacio biográfico*, sus lecturas siguen posibilitando el análisis incluso de nuevas formas de narración digital, esas irrupciones fulminantes de espejos y puestas en abismo que definen la circulación del yo en las redes sociales, y que comenzamos a atisbar precisamente poco después de publicado su libro. En *El espacio biográfico*, Leonor Arfuch pone el acento en lo que llama "las renovadas incumbencias del 'estado terapéutico'" de estas narraciones y voces que irrumpen, moldeando lo íntimo en el espacio público. Un retorno del sujeto y su presencia, encarnada en la voz, en la imagen, en las distintas tonalidades de la vivencia, "algo que se destaca del flujo de lo que desaparece en la corriente de la vida" (*El espacio biográfico* 35), escribe retomando el concepto de Hans-Georg Gadamer.

Leonor Arfuch dispone en aquel ensayo el lienzo teórico sobre el cual habría de trabajar los textos que vinieron después, marcando una rigurosa diferencia respecto de otros autores (sí, en masculino) que abordan el fenómeno biográfico y, en particular, la autobiografía: ella ponía el énfasis de su reflexión en la construcción de un yo social, dialógico, bajtiniano y político, que dista en mucho del yo trascendente (Georges Gusdorf, James Olney), el yo operador textual (Philippe Lejeune) o el yo de la vacancia deconstructiva (Paul de Man) de las teorías del europeas y norteamericanas. Su análisis emergía del limo político vinculado no solo con su formación sociológica, sino con un contexto histórico, situado, latinoamericano: con la ingente

necesidad de hacer memoria, con la multiplicidad de voces del rico tramado testimonial y ficcional argentino que, a partir de los años 80, se desplegó editorial, museística y cinematográficamente.

No es de extrañar que el bautismo del importante libro de Leonor haya estado en manos nada menos que de Ernesto Laclau, teórico político que diera sustento filosófico a la crítica de la hegemonía en Argentina durante las últimas décadas. Laclau subraya en su prólogo a *El espacio biográfico* la insistencia de Leonor en conceptos como "relato", "identidad" y "razón dialógica", con el fin de constelar la centralidad de lo narrativo y la hibridación general de categorías producida por la postmodernidad, en una sociedad como la Argentina, donde la dictadura y la violencia de los años 80 habían socavado la posibilidad de toda certidumbre cotidiana. Como recalca Laclau, lejos de una mirada eurocentrista, Leonor Arfuch supo inscribir con sutileza teórica una comprensión biográfica profundamente política, empujando un análisis crítico con lúcida conciencia de lo ocurrido en su país en el marco de la apertura democrática. Sus reflexiones, aunque con distinto signo, se hallan en el resbaladizo suelo que también pisaría Beatriz Sarlo unos años más tarde, en *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo: una discusión* (2005). Ambas, junto con los trabajos realizados por Alberto Giordano en torno a lo que llamó "giro autobiográfico" de la literatura argentina la de las disputas en Argentina por los distintos focos, acentos y valores atribuidos a los relatos testimoniales de la dictadura, la difícil elaboración de una cultura de la memoria cada vez más sofisticada, una recuperación que tomó décadas y que fue develando lentamente las distintas capas de la violencia. En Argentina, como en pocos otros países, se ha llegado a explorar tan profundamente en los diversos relatos: de víctimas, de victimarios, de redenciones y traición, de padres, madres, hijos, ya fuera a través de la novela, el testimonio, la entrevista o la autoficción. El libro de Leonor Arfuch y todos los trabajos posteriores propiciaron un punto de partida para muchas discusiones. No se trata, entonces, solo de la visibilización, más o menos mundializada, de los "pequeños relatos", sino también del mundo de la vida, la privacidad, la afección (2002: 19) y el retorno del sujeto tras el fracaso y el horror conosureños. Lo que realizó Leonor Arfuch fue un extenso, incesante proyecto de crítica de lo que ella misma llamó la gestión pública de la intimidad en democracias frágiles como las nuestras. Frente al aparente pluralismo y asequibilidad de las narrativas, además de la aparente disolución de las fronteras entre lo público y lo privado, Leonor fue de las primeras en preguntarse si era la exhibición de la intimidad la contracara del fracaso de las utopías sociales, su banalización.

Su análisis se enfocó en la obsesión por la "presencia" del yo mediático, tanto de las vidas célebres como de aquellas comunes que hoy, veinte años después, empapan los muros de Internet. Los "prosumidores", como los llama Remedios Zafra, sujetos que buscan consumir al mismo tiempo que generan incesantemente contenidos para Internet, y cuya actividad se trenza fuertemente con las lógicas de la mercancía neoliberal. Mucho antes aún de todas esas reflexiones, Leonor Arfuch dispuso un aparato teórico para pensar la construcción del yo en ese espacio íntimo y público a la vez.

Para realizar su composición de lugar, Arfuch tomó de Mijaíl Bajtín no solo su teoría de los géneros discursivos —en tanto agrupamientos marcados por la heterogeneidad y continua hibridación, teñidos de afectividad—, sino que también abordó el concepto de valor biográfico, fundamental a lo largo de sus diversas reflexiones sobre estos géneros. Ella rescata en Bajtín su noción del sujeto como un *locus* habitado por la otredad del lenguaje (para Leonor, muy compatible con la explicación lacaniana). Esto, escribe, “habilita a leer, en la dinámica funcional de lo biográfico, en su insistencia y hasta en su saturación, la impronta de la *falta*, ese vacío constitutivo del sujeto que convoca la necesidad de identificación, y que encuentra [...] en el *valor biográfico* (...) en tanto orden narrativo y puesta en sentido de la (propia) vida, una anclaje siempre renovado” (*El espacio biográfico* 28), propuesta que hasta cierto punto intersecta con la “ilusión biográfica” de Pierre Bourdieu, con la diferencia de que pone acento en la intersubjetividad y la empatía como aspectos entrañados en los procesos biografistas.

Echando mano de las teorías bajtinianas, Leonor pudo exponer las tensiones identitarias entre autor y personaje autobiográfico. Ni siquiera en la autobiografía, escribe, estos coinciden plenamente, “porque no existe coincidencia entre la experiencia vivencial y la ‘totalidad artística’ del texto. Esta postura señala el **extrañamiento** del enunciador respecto de su ‘propia historia’, distancia que no es radicalmente distinta a la que acontece en la novela o la biografía. Estamos igualmente ante otro —o un otro yo, dice ella— que para contar la vida de su héroe realiza un proceso de identificación y por ende, de valoración” (2002: 47), produciéndose de este modo, el ya mencionado “valor biográfico”, que constituye, en la mirada de Leonor, “la forma de comprensión, visión y expresión de la propia vida” (2002: 47). En la hipótesis de Arfuch, este valor biográfico —heroico o cotidiano— se funda “en el deseo de trascendencia o en el amor de los prójimos, impone un orden a la propia vida —la del narrador, la del lector— a la vivencia de por sí fragmentaria y caótica de la identidad, lo que constituye una de las mayores apuestas del género y, por ende, del espacio biográfico”. Desde “la vida buena” al “antihéroe” y sobre todo los rasgos presentes en la cultura contemporánea: el “fabulismo de la vida” que Arfuch toma también de Bajtín: vibración, vitalidad, confianza en los propios logros, valor de la aventura, otredad del sí mismo, apertura del conocimiento del ser como disrupción (2002: 58).

Hay, desde luego, otras aristas del precursor ensayo de Leonor Arfuch: la lectura que hace del “momento autobiográfico” demaniano, su revisión de la identidad narrativa explicada por Paul Ricoeur, el carácter performativo del lenguaje en las teorías lingüísticas de Émile Benveniste, el concepto de vivencia (*erlebnis*) en Hans-Georg Gadamer y las ideas de Jean Starobinski del “estilo” de la autobiografía como obra individual imposible de ser sistematizada por modelos textuales. Un importante despliegue teórico al que se sumó otro potente rasgo de su trabajo crítico: su habilidad, inteligencia y sensibilidad para construir no solo un corpus teórico, sino también su pertinente selección de obras y objetos culturales. Como otras críticas argentinas (pienso en Josefina Ludmer y Beatriz Sarlo), Leonor Arfuch construyó una voz pública que relevó una serie de momentos, gestos, escrituras, con textos que son verdaderos “clásicos” de la crítica cultural: el atentado contra la AMIA en Buenos Aires; el llamado “juicio de las juntas”

militares argentinas y la inmoralidad que implicaba en ese momento el solo concepto de "reconciliación"; las fotos de los desaparecidos en el Parque de la Memoria; la reflexión sobre la escritura y los vínculos con el feminismo; las numerosas entrevistas latinoamericanas que pueblan su libro sobre ese género; su punzante aproximación a la obra de Christian Boltanski; sus reflexiones sobre el exilio y la infancia en las narrativas de la memoria.

Este recorrido demasiado rápido me lleva a abrir sus libros, todos llenos de mis subrayados, marcas y asteriscos siempre entusiastas. Es difícil. Cada volumen tiene una dedicatoria y me cuesta avanzar por esta lectura inesperada: "Para Lorena, compartiendo el tiempo y la intimidad y las palabras", dice una de estas cariñosas entradas en una amistad, como escribió ella, "tejida entre vidas (narradas) y escrituras". Mi revisión termina con aquel libro que presentaríamos el viernes 18 de junio de 2021, un libro que no lleva dedicatoria. No me lo regaló Leonor, me lo enviaron desde Valdivia, donde lo publicaron.

La página en blanco duele. La habríamos llenado en algún viaje de esos en que Leonor no solo me pedía libros, nombres, sino también visitas, como la que hicimos a Villa Grimaldi creo que en 2012, cuando vino a presentar la conferencia "(Auto)figuraciones de infancia", en el marco de las jornadas "En el país de nunca jamás. Narrativas de infancia en el Cono Sur", o tal vez fuera en 2016, cuando escuchamos un bellissimo texto suyo, que habría de incluir en *La vida narrada*: "De biógrafos y biografías: la pasión del género". A lo largo de los trece años en que pude estar cerca de ella, nuestros temas se fueron sintonizando mágicamente, y siempre lográbamos encontrar líneas de trabajo en común.

En *La vida narrada. Memoria, subjetividad y política*, el libro que no pudimos presentar en Chile, se articulan antiguas y nuevas inquietudes de Leonor. Ella misma vuelve sobre *El espacio biográfico* para retomar las hebras que le preocuparon entonces: el deseo de dar cuenta de un "aire de época" (22), "la convivencia aparentemente sin conflictos de expresiones mutifacéticas, no comparables a escala valorativa, pero que sin embargo tenían rasgos en común" (2019: 23); un análisis que debía ir más allá de lo descriptivo para ofrecer explicaciones sobre los fenómenos en boga: "la indistinción entre los espacios públicos y privados y el repliegue en lo privado; la afirmación ontológica de la diferencia a través de la multiplicación de las identidades [...]; el afianzamiento del neoliberalismo y por ende, del individualismo a ultranza, la competitividad feroz y el emprendedor de su propio destino como modelo social o asocial [...] y un desdibujamiento ideológico y programático en la política en aras del carisma y la personalidad –o el personalismo..." (2019: 23). En esta trama simbólica, Leonor nos invita a observar, en esta oportunidad, fenómenos diversos. En primer término, incorpora a sus reflexiones algunas nociones propias del giro afectivo vivido en las dos últimas décadas por el pensamiento crítico, que ella ve como una "reacción" al "giro textual" (25) de la última parte del siglo XX. Es con este nuevo prisma que Leonor Arfuch hace un nuevo ingreso en los vínculos entre lo ético y lo político, especialmente en uno de los temas a los que insistentemente volvió desde sus primeros trabajos: los ecos de la memoria colectiva y el trauma en sociedades en que desde luego ella también llegó a avizorar los peligros de un fortalecimiento de las

posiciones discriminatorias y racistas de los neofascismos, en un llamado a las ciencias sociales a integrar lo emocional y lo cognitivo.

A lo largo del libro nuevamente aporta conceptos a la discusión biográfica, como el de la "tentación biográfica" (33), que ella explora como "el deseo de dejar huella [...] en una narrativa que perdure y nos sobreviva" (33). "¿Qué es lo que lleva a andar sobre los pasos de otro?, se pregunta Leonor, y emprende un recorrido que va entrelazando vidas, escrituras y recuerdos, siempre con un bajo sostenido, el de Roland Barthes, para mostrar desde el surgimiento moderno del género biográfico hasta desarrollos mucho más recientes, como los que hacen Michael Holroyd, François Dosse y Luis Chitarroni, críticos y biógrafos a la vez. Asimismo, en su reflexión sobre las narrativas de la memoria, vincula el "volver a decir" con el "volver a vivir", donde se juega no solo, dice, la puesta en forma de las historias personales, sino también sus dimensiones terapéuticas y éticas (67), columnas vertebrales del trabajo de la propia Leonor, que se pregunta fuertemente en estos textos por las posibilidades de construir relatos que eviten las repeticiones estereotípicas, los anclajes en escenas traumáticas que produzcan un cerco de "victimología" (75): "¿Cómo dar hospitalidad a lo nuevo que surge, a las voces que antes no pudieron hablar, por miedo, por vergüenza, porque no había oídos que pudieran escuchar?" (75). La pregunta no solo apunta a los recuerdos de la dictadura, tanto de quienes la vivieron, como de sus hijos o las más recientes generaciones (por ejemplo, los "nietos recuperados", sobre los que ella también escribe), también deja abierto el ámbito de las interrogantes feministas, aspecto que, sin abordarlo directamente, también siempre observó en su análisis crítico. En esta línea, de leer estrategias narrativas para abordar los hitos de la memoria, advierte el "fuera de género" (convoca aquí a Régine Robin) de las narrativas del exilio y el trauma, en particular los de diversas creadoras que relatan sus historias, escritural o cinematográficamente, en el umbral de lo auto/biográfico, como Verónica Gerber Bicecci (México), Laura Alcoba (Argentina), Macarena Aguiló (Chile) o Virginia Croatto (Argentina), todas ellas pertenecientes a lo que se ha llamado "generación de los hijos", en el Cono Sur, quienes padecieron la violencia política cuando eran niños o fueron testigos de las marcas de esa violencia en sus padres. Estos análisis del espectro autobiográfico y testimonial, se suman a otros sobre la obra de Albertina Carri, Tracey Emin, Doris Salcedo u otro de sus artistas predilectos, el francés Christian Boltanski, quien muriera apenas unos meses antes que Leonor; en él leyó las sutilezas de las relaciones entre arte y vida o entre vida y obra, en ese espacio biográfico contemporáneo en que la subjetividad está "a flor de piel" y donde "el yo –y todas sus máscaras- tiene indudable primacía, donde las 'vidas reales' le ganan terreno a la ficción y donde el cuerpo, la voz, y el relato de la 'propia experiencia' mantienen su efecto de cercanía, verosimilitud y autenticidad [...] pese al radical alejamiento que suponen las tecnologías" (2019: 142).

Leonor Arfuch ha partido en un momento de plenitud intelectual; quién sabe cuánto más podría haber escrito, sobre todo de cara a los brutales procesos que estamos viviendo: la pandemia que ha causado estragos en las vidas de todos, el fortalecimiento de tendencias neofascistas en diversos puntos del orbe, el inevitable despliegue del cambio climático y sus

consecuencias planetarias. Puedo imaginarla pensando todo esto, elaborando explicaciones, urgencias, preguntas incisivas, porque veo aquí un *continuum*, formas propias de lo que aquí he querido llamar “el espacio Arfuch”, uno en que ella pensó las subjetividades y esos vacíos e incertidumbres narrativas que finalmente nos componen, nos empujan o nos contienen como seres sociales y éticos. En los últimos años, Leonor escribía, además, un libro sobre su propia memoria familiar y los orígenes libaneses de su padre, en un gesto que me parecía totalmente natural, una nueva expansión de ese espacio biográfico, ese espacio Arfuch que Leonor construyó a lo largo de los años. Dueña de una palabra única, tersa, precisa, se fue, dejándonos muchas páginas memorables en ese espacio de tensiones, diálogos y escuchas. Pero también dejó muchas en blanco, páginas que no podremos llenar jamás.

Bibliografía

Arfuch, L. (2019). *La vida narrada. Memoria, subjetividad y política*. Valdivia: Ediciones Universidad Austral de Chile.

Arfuch, L. (2013). *Memoria y autobiografía. Exploraciones en los límites*. Buenos Aires: FCE.

Arfuch, L. (2002). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: FCE.

Arfuch, L. (1995). *La entrevista: una invención dialógica*. Buenos Aires: Planeta.

Bourdieu, P. (2011). La ilusión biográfica. *Acta Sociológica*, (56), 121 – 128.

Sarlo, B (2005). *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo: una discusión*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.

Zafra, R. (2015). *Ojos y capital*. Bilbao: Consonni.